



1756

## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

*Del académico de número don Daniel  
Antoniotti, acerca de*

### LA PALABRA MUCANGA EN UN POEMA DE JUAN CARLOS LA MADRID

Señora Presidente:

En primer lugar, me quiero remitir al excelente estudio de esa voz que realizó para la Academia Porteña del Lunfardo Juan Carlos Giusti en la comunicación académica n° 1579, que se dio a conocer en abril de 2002. Es muy breve y vale la pena volver sobre esa investigación:

Tanto en el *Vocabulario ideológico del lunfardo*, de José Gobello e Irene Amuchástegui (Buenos Aires, Corregidor, 1998), cuanto en el *Nuevo diccionario lunfardo*, de José Gobello (Buenos Aires, Corregidor, 1990), se registran los vocablos *mucanga* ‘desperdicio o residuo de las reses sacrificadas en los mataderos’ y *mucanguero* ‘el que recoge dichos desperdicios y los comercializa’. En su libro *Las esquinas también tienen su historia* (Buenos Aires, Edición del autor, 2001), Ofelio Vecchio dice: “Había un arroyo, Cildáñez, que seguía su curso por Murguiondo hacia Remedios, donde se formaba una especie de gran canaleta, que provenía de las playas de la matanza y traía todos los desechos no comestibles de los animales faenados, vacunos, ovinos, porcinos, que recibían el nombre de *mucanga*”.

Las playas eran las del Nuevo Matadero de 1900, sito casi en el mismo lugar donde luego estuvo el Frigorífico Nacional. El arroyo Cildáñez corre hoy, entubado, debajo de las calles Francisco Bilbao, Remedios y San Juan Bautista de La Salle; al llegar a la avenida Roca, tiene un espacio de 500 metros al aire libre, hasta su desembocadura en el Riachuelo.

Prosigue Vecchio: “Allí se juntaban chicos de 10, 12, 15 años, que faltaban a la escuela para ganar unos pocos centavos, pues allí pescaban lo que aquella canaleta traía: los desechos, sebos, cuajarones”. Un hombre, al que el barrio conocía como “El Tachero”, hervía todos los desechos para convertirlos en jabón. Los chicos usaban el dinero para ir al cine Jorge Newbery, que después se llamó Nueva Chicago, hasta su desaparición, a fines de la década del 60. Se trató del primer cine del barrio de Mataderos.

En Nueva Chicago (hoy Mataderos), el nuevo frigorífico se construyó recién en 1929, y con el perfeccionamiento técnico desaparecieron los *mucangueros*. Este frigorífico primero se llamó Nacional; luego, Municipal; posteriormente, en 1959, se privatizó en favor de la CAP, hasta que en 1980 dejó de faenarse. Entonces, se edificó un polideportivo y se abrió la avenida Directorio hasta General Paz tomando la calle Chascomús.

Antaño, en los mataderos de la “Patria Vieja”, las negras iban a juntar los menudos; lo mismo ocurría en Constitución, en la Convalecencia y en Parque de los Patricios, donde –comenta Vecchio, citando la revista *Caras y Caretas*– “en el camino al Riachuelo –se refiere a los corrales de Parque de los Patricios– se forma un remanso donde los chicos retozan con la sangre hasta la cintura y tratan de pescar algo”.

La tradición oral narra que un agente de policía fue echado al tacho de los desechos hirvientes luego de ser descuartizado; de él, solo quedaron los botones dorados. Esto lo hicieron los chicos *mucangueros*, adolescentes que, terminado el oficio, dedicáronse a delinquir. Verdad o leyenda, la historia es conocida por los antiguos habitantes de Mataderos. (A mí me la contó mi padre, y a Vecchio, Malaquías Escandón, que tuvo un restorán en el Mercado Nacional de Hacienda entre 1912 y 1983).

En épocas de *mucangas* y *mucangueros*, se daba gratis una copa de sangre de animal recién degollado, que los *mucangueros* recibían de los matarifes para entregar a la gente bien vestida, ya que se suponía que aliviaba el reumatismo y el dolor de huesos.

Aparentemente, estos vocablos nacieron en los mataderos de la capital y de la provincia, pero no se ha podido rastrear ni su etimología ni la fecha de su surgimiento. Sin embargo, sus historias pertenecen al pasado. Sabemos que fueron palabras populares, pero, con la mejora de la faena de los animales, *mucangas* y *mucangueros* rumbearon camino del olvido.

La duda que plantea Giusti sobre la etimología la resuelve el eminente Néstor Ortiz Oderigo, no sé si el mejor, pero sí el más notorio africanista de la Argentina. En su *Diccionario de africanismos en el castellano del Río de la Plata* (UNTREF, 2007), afirma, empleando una retórica no muy frecuente en los lexicógrafos, que “es la voz un vástago del árbol idiomático kikongo, lengua nativa que se habla en el centro y en el norte de Angola, en la éx-África portuguesa”. Como la mayoría de los africanismos incorporados a nuestra habla popular ha llegado a nuestras costas por el comercio de esclavos importados por los portugueses. El mismo autor define a este término como ‘restos de animales que se faenan en sitios destinados a ese menester’.

María Antonia Osés, en su *Léxico de la carne* (publicado por la Academia Argentina de Letras en 2007), le da a *mucanga* el rango de regionalismo rural equivalente a ‘víscera’. En una segunda acepción, es ‘grasa liviana que cae en las canaletas de los mataderos’. También detalla que se llama *mucanguero* a ‘la persona que recoge los desperdicios de la res faenada’. Gobello, como ya adelantó la comunicación de Giusti, discurre por sentidos análogos, al igual que Conde.

En un meduloso estudio sobre los orígenes del mercado de hacienda, Teresita Mariaca y Luis Cortese (“Del barrio de Mataderos”, en revista *Buenos Aires nos cuenta*, Año III, N° 13, Buenos Aires, diciembre de 2001) detallan que los mucangueros

[...] ya habían preocupado al administrador de los Corrales Viejos –es decir, los que estuvieron hasta fines del siglo XIX en lo que luego fue el Parque de los Patricios–. Estos mucangueros eran muchachos que por sus necesidades económicas abandonaban sus estudios para frecuentar esos extramuros. De allí a la delincuencia muchas veces mediaba un solo paso, ya que era bastante común que participaran del robo de caballos, vacas y ovejas que vagaban por los baldíos y callejones. Luego, estas bestias eran hechas desaparecer en los tachos, después de extraerles los cueros que solían venderse aparte.

Entre los mucangueros, hubo uno que llegó a sobresalir en lo más alto del deporte. Fue el boxeador Justo Suárez, “el Torito de Mataderos”.

En un cine de Mataderos, el Jorge Newbery, al que solían acudir los mucangueros, existía un cartel con una ordenanza terminante: “está prohibido entrar sin zapatos”, porque el oficio se ejercitaba descalzo y, al ingresar a la sala cinematográfica en esas condiciones, resbalaban y ensuciaban el piso.

Mariaca y Cortese agregan que “en el Bar de los Payadores, su propietario, Fernando Ghío, había dispuesto que un día a la semana estuviera destinado solo a los mucangueros; los inducía a concurrir a la escuela, les prestaba libros de su biblioteca y los ayudaba con los deberes”.

Respecto del significado del vocablo en el primer cuarteto del soneto “De frente” de Juan Carlos La Madrid, hay que decir que es claramente metafórico:

Varó en la shome el hombre rejogado,  
sin otro curro que bardear la nada;  
mucangas de una vida abacanada,  
prepotendo a la suerte y prepotado.

Se trata de la reflexión sobre un veterano que llega al final de sus días viviendo en la pobreza, sin encontrarle mayor sentido a su existencia, pero le queda en su memoria (no sé si para bien o para mal) un recuerdo de la buena vida de otrora, de mejores tiempos pasados. Es decir, “mucangas de una vida abacanada”.

En la continuidad del poema se sugiere que cuando el personaje anduvo en la buena, esto se debió a dineros no del todo bien habidos (“fangoterías de peca y de pesada”). Hoy se siente derrotado, pero le queda algo para hacer frente a la desgracia, la poesía. Ese me parece que es el “grillo taura” del penúltimo endecasílabo. El canto de un poeta o, en general, de la poesía lo ayuda a sobrellevar el mal trance en el que lo arrinconó el destino.

Sospecho, aunque en esto sería más idóneo nuestro cofrade en París, el profesor Néstor Cordero, que La Madrid en este poema vuelve de algún modo y elípticamente al mito de la caja de Pandora, aquella primera mujer de las leyendas griegas que abrió lo que por mandato de los dioses debía permanecer cerrado y dejó escapar todos los males del mundo, pero en el fondo del cofre quedó la Esperanza.

Al protagonista de esta amarga historia ya lo asaltaron todos los males (o, por lo menos, muchos o unos cuantos), pero le queda una última esperanza, que para nuestro fundador, en estos versos, equivale a la poesía. Mucho más que el pobre consuelo que le podían deparar las “mucangas de esa vida abacanda” de la que alguna vez supo gozar.

Buenos Aires, 5 de julio de 2014

DANIEL ANTONIOTTI  
Académico de número  
Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”